

à cuyo pié nos hallábamos, habian incendiado el bosque para penetrar en él ó para coger leña; veíanse muchos troncos calcinados solamente por la corteza; pero los nuevos retoños habian brotado alrededor de los árboles quemados, y las plantas rastroeras de aquel fértil suelo habian ya enlazado de tal suerte los árboles muertos y los nuevos, que el bosque ofrecia un aspecto mas original, sin ser por eso ménos grandioso y rico. Hicimos una amplia provision de ramas de sauces, de álamos, de todos los árboles de largo tronco y hermosa corteza, cuyos nombres ignoro, para hacer regalos á nuestros amigos de Europa, y volvimos al campamento que nuestros árabes habian trasladado á otra parte durante nuestra excursion por la orilla del rio.

Habian descubierto un sitio todavía mas gracioso y propio para platar nuestras tiendas que todos los que acabábamos de recorrer, que era una pradera cubierta de una yerba tan fina y tupida como si la hubiera pasado un rebaño de ovejas. De trecho en trecho, diseminados en aquella pradera algunos arbustos de ancha hoja, de algunos ramilletes de plátanos y sicomoros proyectaban una mancha de sombra sobre la yerba donde podiamos tendernos y poner los caballos al fresco. El Jordan, cuya corriente no distaba mas que uos veinte pasos, habia abierto un pequeño golfo poco profundo en medio del claro, y sus aguas iban allí

á girar al pié de dos ó tres altos abedules. Una suave pendiente conducia hasta el rio, y nos permitia conducir á él uno á uno nuestros caballos sedientos, é ir á bañarnos nosotros. Pusimos allí nuestras tiendas y nos detuvimos todo el dia.

Al dia siguiente, 2 de Noviembre, continuamos nuestro camino, dirigiéndonos hácia las mas altas montañas de la Arabia Petrea, dejando y volviendo á hallar el Jordan, segun las sinuosidades de su corriente, y acercándonos al mar Muerto. No lejos de la corriente del rio, en un punto del desierto que no sé como designar, se ven los restos todavía imponentes de un castillo de los cruzados, construido por ellos probablemente para guardar este camino. Estas ruinas no están habitadas y pueden servir de asilo á los árabes emboscados para despojar las caravanas: produce, en medio de aquellas olas de arena, el efecto de un casco de un buque, abandonado en el horizonte del mar. Al acercarse al mar Muerto, las ondulaciones del terreno disminuyen, la pendiente se inclina insensiblemente hácia lo orilla; la arena se hace esponjosa, y los caballos, cuyos piés se hundén á cada paso, avanzan á duras penas. Cuando vimos en fin la reverberacion de las aguas no pudimos contener nuestra impaciencia, partimos á galope para precipitarnos en las primeras olas que dormian delante de nosotros brillantes como plomo derretido so-

bre la arena. El jeque de Jericó y sus árabes, que continuaban siguiéndonos, creyendo que queríamos correr el djerid con ellos, partieron entonces al mismo tiempo en todas direcciones por la llanura, y volviendo sobre nosotros y prorumpiendo en gritos, blandian sus lanzas de caña como si hubieran querido traspasarnos con ellas; luego, parando de repente sus caballos y haciéndoles ponerse de manos, dejaban pasar y partian á escape para volver de nuevo. Llegué el primero, gracias á la ligereza de mi caballo turcomano; pero á treinta ó cuarenta pasos de las olas, el cauce de arena mezclada con tierra es tan húmedo y tiene un fondo tan pantanoso, que mi caballo se hundia hasta la barriga y temí sumergirme. Volví atrás y apeándome de mi caballo, nos acercamos á pié á la playa. Muchos viajeros han descrito el mar Muerto: yo no he anotado ni su peso específico, ni la cantidad de sal relativa que contienen sus aguas: no iba yo á buscar allí ni ciencia ni crítica; iba simplemente porque aquel mar estaba en mi camino, porque estaba en medio de un desierto famoso, y porque él tambien era famoso por haberse tragado las ciudades que se elevaron antiguamente allí donde yo veia estenderse sus olas inmóviles. Sus orillas son chatas por el lado de Levante y del Poniente; al Norte y al Mediodia, las altas montañas de Judea y de Arabia la ciñen y descenden casi hasta sus olas.

Las de Arabia sin embargo se alejan de ellas un poco mas, sobre todo por el lado de la desembocadura del Jordan, donde estábamos entonces. Estas orillas están enteramente desiertas; el aire es en ellas fétido y malsano: nosotros mismos experimentamos su influencia durante los dias que pasamos en aquel desierto. Una gran pesadez de cabeza y un sentimiento febril nos atacó á todos y no nos abandonó hasta que salimos de aquella atmósfera. No se ve en aquel mar ninguna isla; sin embargo, al ponerse el sol, creí desde lo alto de un cerro de arena distinguir dos en el confin del horizonte, hácia el lado de la Idumea: los árabes no lo saben. El mar tiene, en esta parte, treinta leguas de largo por lo ménos, y nunca se aventuran á seguir tan lejos su ribera. Ningun viajero ha podido nunca acometer una circumnavegacion del mar Muerto; ni aun ha sido visto nunca por su otra estremidad, ni por sus orillas de Judea y de Arabia. Creo que somos los primeros que hemos podido, en toda libertad, esplorarle bajo los tres aspectos; y si hubiéramos tenido algun tiempo á nuestra disposicion, nada nos hubiera impedido hacer venir tablas de pino del Líbano, de Jerusalem, ó de Jafa, hacer construir una chalupa y visitar en paz todas las costas de este maravilloso Mediterráneo. Los árabes, que generalmente no dejan á los viajeros acercarse, y cuyas preocupaciones se oponen á que nadie intente navegar en

aquel mar, estaban de tal modo sumisos á nuestras menores voluntades, que no hubieran opuesto ningun obstáculo á nuestra tentativa. Seguramente lo hubiera ejecutado si hubiera podido preveer la acogida que hallamos entre aquellos árabes; pero ya era tarde; hubiera sido preciso enviar á Jerusalem por carpinteros para construir la barca, lo que nos hubiera llevado, con la navegacion, por lo ménos tres semanas, y teníamos los dias contados: renuncié, pues, á ello con sentimiento. Un viagero, en las mismas circunstancias que yo, fácilmente podrá realizarlo, y derramar sobre este fenómeno natural y sobre esta cuestion geográfica, las luces que hace tanto tiempo solicitan la crítica y la ciencia.

El aspecto del mar Muerto no es triste, ni fúnebre, salvo para la imaginacion. A la vista, es un lago deslumbrador, cuya inmensa y plateada sábana de agua representa la luz y el cielo como un espejo de Venecia; hermosas montañas proyectan su sombra hasta sobre sus orillas: se dice que no hay pescados en su seno, ni pájaros en sus riberas:—no lo sé, no ví ni procelarias, ni gaviotas, ni aquellos hermosos pájaros blancos, semejantes á palomas marinas, que nadan todo el dia sobre las olas del mar de Siria y acompañan á los caiques sobre el Bósforo; pero á algunos centenares de pasos del mar Muerto, maté con mi escopeta unos pájaros parecidos á patos silvestres que se

alzaban de las pantanosas orillas del Jordan. Si el aire del mar fuera mortal para ellos, no irian tan cerca á arrostrar sus vapores mefíticos. Tampoco ví aquellas ruinas de ciudades devoradas que se ven, dicen, á poca profundidad debajo de las aguas: los árabes que me acompañaban aseguran que se descubren algunas veces. Mucho tiempo seguí las orillas de aquel mar, ya por el lado del Arabia, donde está la desembocadura del Jordan (este verdaderamente es allí, como lo describen los viageros, una charca de agua sucia en un cauce de barro), ya del lado de las montañas de Judea, donde las márgenes se elevan y toman á veces la forma de los ligeros méganos del Oceano. En todas partes nos ofreció la superficie del agua el mismo aspecto: brillo, azur é inmovilidad:—verdaderamente los hombres han conservado la facultad que Dios les dió en el Génesis de llamar á las cosas por sus nobres. Este mar es hermoso; resplandece, inunda, con la reflexion de sus aguas, el inmenso desierto que cubre; atrae la vista, conmueve la fantasía, pero está muerto; le faltan movimiento y ruido; sus aguas, demasiado pesadas para el viento, no se desarrollan en sonoras ondas, y jamas la blanca cintura de su espuma juega sobre las guijas de sus márgenes:—es un mar petrificado.

¿Cómo se ha formado? Probablemente, como dice la Biblia y como dice la verosimilitud; vasto

centro de las cordilleras volcánicas que se estien-
den de Jerusalem á Mesopotamia, y del Líbano á
la Idumea, un cráter se habrá abierto en su seno
en los tiempos en que siete ciudades poblaban su
llanura. Las ciudades serian destruidas por el ter-
remoto; el Jordan, que segun todas las probabilida-
des, corria entonces por estos llanos, é iba á de-
sembocar en el mar Rojo, atajado de repente por
los collados volcánicos salidos de la tierra, y pre-
cipitándose en los cráteres de Sodoma y Gomorra,
formaria este mar corrompido por la sal, el azufre
y el betun, alimentos ó productos ordinarios de los
volcanes; tal es el hecho, tal es la verosimilitud.
Esto nada añade ni quita á la accion de aquella
soberana y eterna voluntad que unos llaman mi-
lagro y otros naturaleza.—Naturaleza y milagro
¿no es todo uno? ¿Y qué otra cosa es el univer-
so mas que un milagro eterno y de todos los mo-
mentos?

La misma fecha.

Volvemos por la parte septentrional del mar
Muerto, del lado del valle de San Saba. El de-
sierto en esta parte es mucho mas escabroso; está
surcado de enormes olas de tierra y de arena que
á cada instante nos es preciso torcer ó salvar. La

hilera de nuestra caravana se dibuja ondulosamen-
te sobre la espalda de esas olas, como una larga
flota en un mar alborotado, cuyos diferentes bu-
ques se ven y se pierden vista sucesivamente en
los pliegues de la marejada. Al cabo de tres ho-
ras de camino, á veces por pequeñas llanuras don-
de corremos á galope, á veces á la vera de hondos
barrancos de arena donde ruedan algunos de nues-
tros caballos, vemos delante de nosotros el humo de
las casas de Jericó. Los árabes se destacan y huyen
hácia aquel humo: dos solamente se quedan con no-
sotros para enseñarnos el camino. Al acercarnos á
Jericó, los principales vecinos árabes vuelven á sa-
lirnos al encuentro. Nos acampamos en medio de
un prado á que dan sombra algunas palmeras y
por donde corre un riachuelo. Pronto están alza-
das nuestras tiendas, y hallamos una cena prepa-
rada, gracias á los regalos de todo género que han
traido los árabes á nuestro campamento. El ára-
be que montaba el hermoso caballo que yo desea-
ba adquirir, habia mostrado admirar el caballo
turcomano que yo habia montado la víspera. Há-
bilmente traída la conversacion sobre nuestros ca-
ballos mútuos, hacen los árabes el elogio de varios
de los míos: propóngole trocar el suyo por el caba-
llo turcomano; toda la tarde discutimos sobre lo que
le he de dar encima, y nada se decide aún. Cada
vez que me estiendo hasta el precio que pide, mani-
fieste un sentimiento tan grande de deshacerse de su

caballo, que vamos á acostarnos sin resolver nada. A la mañana siguiente, en el momento de la partida, ensillados y montados todos los caballos, vuelvo otra vez á la carga; determínase en fin, á montar mi caballo turcomano, le hace galopar por el llano, y seducido por las brillantes cualidades del animal, me envia el suyo cou su hijo: le entrego novecientas piastras, monto á caballo y me pongo en camino. Parece que toda la tribu le ve partir con sentimiento: los niños le hablaban, las mugeres le señalaban con el dedo, el jeque volvía sin cesar á mirarle y á hacerle ciertos signos cabalísticos que los árabes tienen siempre la precaucion de hacer á los caballos que venden ó compran. El mismo animal parecia que comprendía la separacion, y bajaba tristemente su cabeza coronada de una soberbia crin, mirando á derecha é izquierda el desierto con ojos mustios é inquietos. El ojo de los caballos árabes es toda una lengua;—con sus hermosos ojos, cuya niña de fuego se desprende del fondo blanco, ancho y jaspeado de sangre, de la órbita, lo dicen y lo comprenden todo.

Hacia algunos dias que yo habia cesado de montar aquel de mis caballos que preferia á todos los demas. Por efecto de las innumerables supersticiones árabes hay setenta signos buenos ó malos para el horóscopo de un caballo, y esta es una ciencia que poseen casi todos los hombres del desier-

to. El caballo de que hablo, y al que puse el nombre de Líbano, porque le habia comprado en aquellas montañas, era un soberbio potro, alto, fuerte, valiente, infatigable y manso, y en quien jamas he reconocido la sombra de un resabio durante quince meses que le he montado; pero tenia en el pecho, en la disposicion accidental de su hermoso pelo gris ceniciento, una de aquellas espigas que los árabes han colocado en el número de los signos funestos. Ya me lo habian avisado al comprarle; pero le adquirí alegando esta razon muy sencilla y al alcance de aquellas gentes:—que un signo funesto para un mahometano era un signo favorable para un cristiano: nada habian hallado que responder, y montaba mi Líbano siempre que tenia que andar jornadas mas largas ó mas malas que las otras. Cuando nos acercábamos a una ciudad ó a una tribu, y nos salian al encuentro de la caravana los árabes ó los tureos, sorprendidos de la hermosura y vigor de Líbano, empezaban a darme el parabien y por admirarle con ojos de envidia; pero despues de algunos momentos de admiracion, el signo fatal, que sin embargo estaba algo encubierto por el pretal de seda y el amuleto suspendido al cuello que lleva todo caballo siempre, llegaba á descubrirse, y los árabes, acercándose á mí, mudaban de semblante, se me mostraban graves y afligidos, y me hacian señas de no volver á montar aquel caballo. Esto era poco importante en Siria; pero en

la Judea y en las tribus del desierto, temia que esto pusiese en lenguas mi consideracion y destruyese el respeto y prestigio de obediencia que nos rodeaban, por lo cual cesé de montarle y le hacia llevar de mano en mi comitiva. No dudo que debimos una gran parte de la deferencia y del temor con que siempre nos trataron, á la hermosura de los doce ó quince caballos árabes que montábamos ó que nos seguian. Un caballo en Arabia es el caudal de un hombre; tener un caballo lo supone todo, equivale á todo, y así se formaban una alta idea de un franco que poseia tantos caballos y tan hermosos como los de su jeque y los de bajá.

Volvemos á Jerusalem por aquel mismo valle que cruzamos de noche al llegar á ella. Antes de entrar en la primera garganta de las montañas, en una ancha y hermosa meseta que domina el llano, vemos evidentes vestigios de antiguas construcciones, y suponemos que aquel es el verdadero solar de la antigua Jericó. Se han necesitado grandes progresos de civilizacion para edificar las ciudades en los llanos:—casi nunca se engaña uno buscando las ciudades antiguas en las alturas.

En esta garganta coloca la tierna parábola del Samaritano la escena del homicidio y de la caridad. Parece que desde los tiempos del Evangelio estos valles tenian mala fama.

—Dia fatigoso por la monotonía de catorce horas de camino y por el excesivo ardor del sol re-

verberado por las escarpadas laderas de los valles; á nadie encontramos en estas catorce horas mas que á un pastor árabe que estaba apacentando un innumerable rebaño de cabras negras en la cima de un collado.

2 de Noviembre, acampado junto á la piscina de Salomon, bajo las murallas de Jerusalem.

Queriamos consagrar un dia á la oracion en aquel sitio hácia el cual todos los cristianos se vuelven orando, como los mahometanos se vuelven hácia la Meca. Rogamos al religioso que desempeñaba, él solo, el cargo de cura en Jerusalem, que celebrase, por nuestros parientes vivos y muertos, por nuestros amigos de todos los tiempos y de todos los lugares, por nosotros mismos, en fin, la conmemoracion del grande y doloroso sacrificio que regó aquel suelo con la sangre del Justo para hacer germinar en su seno la caridad y la esperanza: todos asistimos á la misa con los sentimientos que nuestros dolores, nuestros recuerdos, nuestras pérdidas, nuestros deseos y nuestras diversas medidas de piedad y creencia, nos inspiraban á cada cual: elegimos por templo y por altar la gruta de Getsemani, en lo hondo del valle de Josafat:—á esta caverna del pié del monte de los Olivos se retiraba